

- 2003 *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*. Estudios Monográficos. Etnografía de los pueblos indígenas de México. México, INAH-Universidad de Guadalajara.  
s.f. *La Semana Santa en el Gran Nayar*, 2 v., México, INAH (en prensa).

MAUSS, Marcel

- 1971 [1923-24] "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y Antropología*: 152-263. Madrid, Tecnos.

MEDINA, Andrés

- 2000 *En las cuatro esquinas, en el centro. Etnografía de la cosmovisión mesoamericana*. México, UNAM, IIA.

PREUSS, Konrad Theodor

- 1912 *Die Nayarit Expedition. Textaufnahmen und Beobachtungen unter mexikanischen Indianern*, I. B.G. Teubner, Leipzig.  
1968 *Nahua-Texte aus San Pedro Jicora in Durango*, 3 v., ed. y trad. Elsa  
-1976 Ziehm. Ibero-Amerikanisches Institut-Gebrüder Mann Verlag, Berlin.

SELER, Eduard

- 1902 *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde* (Cäcilie Seler-Sachs ed.), 5 tomos, Berlin.

Miguel León-Portilla, *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*, México, Aguilar, 2003, 335 p, ils.

Miguel León-Portilla es uno de los grandes historiadores mexicanos, maestro de generaciones por su saber, sabiduría y don expresivo escrito y oral. Si bien su obra se ha centrado en la cultura náhuatl antigua, ha desbordado hacia los demás grupos indios mexicanos tanto en el pasado como en el presente. La presentación de su nuevo libro, titulado *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*, editado por la editorial Aguilar, con abundantes ilustraciones, como lo requiere un libro sobre códices, fue tal vez el evento principal en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, y adquirió especial significado en momentos en que la cultura prevaleciente cuestiona y limita la lectura y los libros.<sup>1</sup> Con múltiples referencias y argumentos Miguel León-Portilla destaca la importancia de los libros y la escritura pictográfica en la vida del México antiguo, y el alto aprecio que se les tenía a los li-

<sup>1</sup> Miguel León-Portilla, *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*, México, Aguilar, 2003, 335 pp. La presentación se llevó a cabo el domingo 2 de marzo de 2003, con la participación de Miguel León-Portilla, Pilar Máñez, Patrick Johansson y el autor de esta reseña.

bros y a los escribanos-pintores exentos, por cierto, del tributo. Después llegaron los españoles, introdujeron la escritura alfabética y los libros impresos, a la vez que destruyeron la casi totalidad de los libros del México antiguo, por considerarlos obra del demonio.

El subtítulo de *Códices, Los antiguos libros del Nuevo Mundo*, remite a una de las intervenciones políticas y científicas más interesantes de Miguel León-Portilla, que se produjo a partir de 1984, cuando fue designado coordinador de la Comisión Nacional que organizaría la Conmemoración en 1992 del Quinto Centenario lo que se venía llamando Descubrimiento de América, y que España se preparaba a celebrar como Quinto Centenario del Descubrimiento de América y del inicio de su Evangelización, o algo así. Era impensable que los americanos nos preparásemos para tal celebración. Como se sabe, Cristóbal Colón murió sin saber que había “descubierto América”. Según esta noción, además, los europeos activos descubren a los indios pasivos descubiertos. En términos generales, la idea de Descubrimiento impide ver la importancia de la llegada de Colón a las Antillas el 12 de octubre de 1492 de manera global y crítica; oculta la conquista, destrucción, explotación y el complejo proceso de cambio que siguió a la Conquista. Miguel León-Portilla propuso entonces que la Comisión Mexicana organizara no la celebración sino la conmemoración, que no es lo mismo, no del Descubrimiento de América, sino del Encuentro de Dos Mundos, noción que por primera vez les dio voz a los indios americanos y que abrió una perspectiva amplia y plural para pensar el proceso iniciado en 1492.

Lejos de suscitar aprobación, sin embargo, la propuesta sufrió varias críticas de historiadores que condujeron a un fuerte debate en periódicos y revistas, en el que destacaron las voces, más estrepitosas que certeras, de Edmundo O’Gorman, Antonio Gómez Robledo, Silvio Zavala, Leopoldo Zea, Gastón García Cantú y Enrique Dussel, entre otros. Lo que unía tal variedad de puntos de vista era la idea de que la noción de Encuentro de Dos Mundos impedía percibir la conquista, destrucción y negación que siguieron al cordial Encuentro. Edmundo O’Gorman era autor de varias obras dedicadas al estudio y crítica de *La idea del Descubrimiento de América* (1951), proponiendo sustituirla por la de *La invención de América* (1958). Al ser designado León-Portilla coordinador de la Comisión Conmemorativa, O’Gorman desencadenó sobre él una serie de críticas con adjetivos muy fuertes, defendiendo su idea de la Invención de América, o sea el descubrimiento progresivo de América por los europeos, que se fueron liberando de sus concepciones antiguas y medievales. Pero es de advertirse que una noción central en el pensamiento de Miguel León-Portilla, la “pers-

pectiva de la *Visión de los vencidos*”, es el reverso y complemento explícito de la noción o gormaniana de *Invención de América*, y que esta formulación, precisamente, es la que condujo a León-Portilla a plantear la perspectiva del Encuentro de Dos Mundos: así como es central estudiar cómo América se abrió paso en la visión europea del mundo, también es imprescindible estudiar cómo los indios, los americanos originarios, vieron a los europeos, los integraron a su visión del mundo. De este modo, ya desde 1959, cuando editó su decisivo libro *Visión de los vencidos*, versión nahua de la Conquista, traducida por el padre Ángel María Garibay K., Miguel León-Portilla expuso la necesidad de estudiar el Encuentro de Dos Mundos, concebido como el mutuo descubrimiento de los indios por los españoles y de los españoles por los indios, y el conjunto de visiones recíprocas y de acciones humanas a ellas vinculadas que se abrió con el Encuentro.

Acaso podría reconocerse que al trabajar en coordinación con los gobiernos de México y otros países latinoamericanos y España para organizar una conmemoración importante y significativa a nivel continental y mundial, Miguel León-Portilla tenía que ser cauto para no provocar desavenencias, pues había que unir esfuerzos. Por ello acaso, los aspectos negativos, brutales, injustos, inmorales de la Conquista no fueron destacados, aunque tampoco fueron negados. Efectivamente no es seguro que pueda decirse que una vez que “descansaron la flecha y el escudo” —difrasismo náhuatl que designa la guerra—, el Encuentro siguió un rumbo más positivo, sobre todo si se piensa en las grandes epidemias, el hambre, la sobreexplotación de los indios por el sólo hecho de ser indios, y la destrucción deliberada de las huellas de la cultura antigua, incluyendo los códices. Por ello concuerdo con Enrique Dussel cuando pidió la realización de un “desagravio histórico al indio americano”. Por otro lado es cierto que pese a lo impropio de la noción, “descubrimiento” es la palabra que se usó en aquella época y se sigue usando hasta la fecha.

Sin embargo, desde el comienzo he simpatizado con la propuesta de conmemorar el Encuentro de Dos Mundos, por las posibilidades de comprensión que abre. El propio León-Portilla lo expresó diciendo que el Encuentro de Dos Mundos no es un concepto, sino una perspectiva: de respeto por la pluralidad de voces y de culturas, que componen el complejo ser mestizo mexicano, y de investigación y reflexión sobre las múltiples y fundamentales consecuencias para el mundo entero, pero sobre todo para América, o sea nosotros, del proceso iniciado en 1492. Anticipándose diez años a la Rebelión Zapatista de 1994, la propuesta de León-Portilla abrió el campo para que sean oídas las voces de los indios, tanto los del pasado como los del presente, hasta enton-

ces silenciados. En este afán se inscribe el nuevo libro de León-Portilla sobre los *Códices*.

De hecho, la noción de Encuentro de Dos Mundos no era ajena a las nuevas formulaciones de la historia y la antropología, que destacaban la importancia del encuentro, contacto o corto circuito que comenzó el 12 de octubre de 1492, cuando entraron en contacto el Nuevo Mundo con el Viejo Mundo, que no es sólo Europa, o España, sino también Asia y África. Aunque el Encuentro tuvo consecuencias que afectaron la historia toda del planeta, no cabe duda que los efectos más drásticos se produjeron en América: la subyugación de todo un continente al dominio europeo, la tremenda y masiva catástrofe poblacional, la destrucción deliberada de las civilizaciones americanas. Y precisamente, lejos de negar esta realidad, la perspectiva del Encuentro de Dos Mundos, al destacar el aislamiento durante milenios de ambos mundos antes del contacto, es imprescindible para comprender por qué pasó lo que pasó: que los europeos conquistaran a los americanos y no al revés, que la conquista fuera tan rápida, que las enfermedades infecciosas del Viejo Mundo resultaran tan terriblemente mortíferas en el Nuevo Mundo, y no al revés también. La perspectiva del Encuentro de Dos Mundos permite además entender algo de la tremenda revolución en todos los aspectos de la vida que trajo la Conquista: efectos ecológicos, tecnológicos, económicos, alimenticios, sociales, políticos, culturales, lingüísticos, religiosos, etc. Permite aprehender el proceso iniciado en 1492 desde la perspectiva planetaria que el tema exige.

Según James Lockhart y Stuart B. Schwartz las dos debilidades del Nuevo Mundo frente al Viejo eran de orden epidemiológico y tecnológico. Respecto a la primera, Woodrow Borah mostró en 1962 que durante el largo aislamiento de ambos mundos, en América no se desarrollaron las grandes enfermedades infecciosas contra las cuales la población del Viejo Mundo había ido desarrollando defensas a lo largo de milenios; por ello todas las enfermedades infecciosas del Viejo Mundo resultaron letales en el Nuevo. Lockhart y Schwartz hipotizaron que acaso el atraso tecnológico del Nuevo Mundo se debió a que los habitantes del Nuevo Mundo eran menos numerosos que los del Viejo y con menor intercomunicación interna. Tengo la impresión que la razón fundamental es de orden cronológico: mientras que en el Viejo Mundo la creciente población de cazadores recolectores había depredado a tal punto los animales y las plantas que se hizo necesario el paso a la agricultura y la ganadería (hacia 8000 a.C.), en el Nuevo Mundo, los hombres llegados hace relativamente poco tiempo a un territorio inmenso y virgen, pudieron subsistir como cazadores y recolectores durante algunos milenios más sin necesidad de comenzar

a desarrollar la agricultura (hacia 3000 a.C.), de tal modo que la Revolución Agrícola sucedió en América cuatro o cinco milenios después que en el Viejo Mundo. (Jared Diamond también ha destacado la falta de competitividad de la agricultura frente a la caza y la recolección debida a la ausencia de grandes mamíferos domesticables y a la pequeñez inicial del maíz.) Semejante atraso milenario se dio también, consecuentemente, en el surgimiento de la Civilización. De este modo se entiende mejor el efecto tremendamente destructivo del Encuentro de 1492 en el Nuevo Mundo, así como la revolución radical en todos los aspectos de la vida que siguió.

El atraso tecnológico, por supuesto, no implica inferioridad cultural, civilizacional o humana. Acaso sea al revés, o más bien lo decisivo es distinguir y rescatar la diferencia, y tratar de no perder ninguna de las opciones en el rasero de la unificación planetaria. Más profundamente, las leyes de la mecánica no rigen en la historia, y no creo que la humanidad que tardíamente llegó al Nuevo Mundo perdió el tiempo durante los milenios durante los cuales fue ocupando y conociendo las diferentes regiones y ambientes del continente, dejando para después la agricultura, la vida sedentaria y civilizada, que ya vemos a qué nos está llevando, en este aciago comienzo de milenio. Lo que los cazadores y recolectores americanos perdieron en tecnología acaso lo ganaron en sabiduría, en compenetración con una naturaleza virgen, que nunca había conocido la presencia humana. Acaso el mito del origen chichimeca de muchos pueblos mesoamericanos, a nivel profundo, arquetípico, exprese el recuerdo de este rico Paleolítico americano, en el que se formó el ser más íntimo de los indios.

Para apreciar la naturaleza de los cambios iniciados en 1492, lo que se ganó y lo que se perdió, puede ser útil considerar la escritura y los códices prehispánicos, sobre lo cual el libro *Códices* de Miguel León-Portilla aporta elementos claves de comprensión. Ha sido por lo general aceptado que una de las tecnologías más importantes traídas del Viejo Mundo al Nuevo fue la escritura alfabética, desarrollada por los griegos, y la imprenta, recién inventada a mediados del siglo XV. Varios autores han destacado la importancia del paso de la oralidad a la escritura, que trae cambios decisivos en la manera misma de ser y de pensar de los seres humanos, cambios que se extendieron y profundizaron con la imprenta y ahora con la comunicación cibernética.

Ahora bien, en el paso de la oralidad a la escritura hay largas fases intermedias en las que intervienen varios factores, uno de los cuales son las formaciones feudales o tributarias más o menos despóticas, en las que la escritura quedó reservada a la elite gobernante, quedando el pueblo tributario en una oralidad receptiva. Otro factor es el desarrollo mis-

mo de la escritura, que comienza con la representación natural, pasa por los glifos pictográficos y logográficos, y llega a la escritura fonética. Esta ha sido considerada como la verdadera escritura, particularmente la escritura alfabética. Según esta perspectiva finalista, la escritura pictográfica del México antiguo no sería una verdadera escritura, ni los libros del México antiguo serían verdaderos libros. Elizabeth Hill Boone propuso resolver la cuestión distinguiendo el sentido estrecho de la palabra escritura, como escritura fonética, y el sentido amplio, que incluye las formas “semasiográficas” que, como la escritura del centro de México, transmiten las ideas sin pasar por el lenguaje hablado. Y sólo a condición de considerarlas escritura, se justifica e incentiva el esfuerzo permanente, acaso no para descifrarla y leerla como leemos el español o el francés, pero sí para entender mejor sus modos sutiles de transmitir la información y aproximarnos a sus mensajes.

Acaso sí hubo progreso técnico con el paso de los glifos al alfabeto y este progreso trajo cambios radicales en el ser todo de los hombres en América. Pero lo que se ganó en técnica, se perdió en sabiduría, en visión del mundo, en rigor y disciplina. Mucho se perdió para siempre, pero hay mucho que todavía podemos tratar de rescatar, del pasado y en el presente. El libro de Miguel León-Portilla sobre los *Códices*, dirigido tanto al público amplio como al especialista, le da un impulso importante a este rescate, al tratar de interesar y guiar a los no especialistas en el estudio serio de los códices.

Miguel León-Portilla advirtió que para dar a conocer lo que eran los antiguos libros mesoamericanos, no tenía caso hacer un catálogo, una antología o un estudio general sobre los códices existentes, debido a que, si bien los libros tuvieron una importancia central en la vida de los reinos y señoríos de Mesoamérica, los conquistadores y frailes españoles se dedicaron a destruirlos con tanto furor que, de los miles que debieron existir, no sobrevivieron más de quince (del centro de México, Oaxaca y la zona maya), además de unos quinientos códices elaborados después de la Conquista (de éstas y otras regiones de Mesoamérica), con clara influencia prehispánica, aunque con cada vez más rasgos europeos, detectados por los especialistas. Es por ello que León-Portilla, para dar un idea de lo que fueron los libros en el México prehispánico, procedió a un asedio múltiple. En los dos primeros capítulos, aprovechó las múltiples referencias en imágenes prehispánicas y en escritores indios y españoles del siglo XVI a los libros en el periodo prehispánico, para mostrar el aprecio y respeto por los libros, las circunstancias de su composición, los diferentes temas, las condiciones de su uso y lectura (lo que hoy se llama “recepción”) en el templo, el palacio, la escuela, entre los *pochtecah* (comerciantes) y en la vida cotidiana

de la gente. En el tercer capítulo León-Portilla expuso su tesis fundamental: “El binomio oralidad y códices en Mesoamérica”. En el cuarto capítulo León-Portilla ofrece un útil recorrido por los diferentes autores que desde el siglo XIX han estudiado y editado los códices. En el quinto capítulo da siete muestras de las posibilidades de lectura de páginas selectas de varios códices. Y en un Apéndice, después de la “Invitación más que conclusión”, León-Portilla reseña los principales catálogos de códices mesoamericanos existentes.

Hemos visto que el subtítulo de *Códices, Los antiguos libros del Nuevo Mundo*, remite a la perspectiva del Encuentro de Dos Mundos. Ahora bien, León-Portilla destaca desde el comienzo que en todo el Nuevo Mundo, sólo en Mesoamérica se produjeron libros o códices, por lo que Mesoamérica bien podría llamarse *Amoxtlalpan*, Tierra de libros, en lengua náhuatl. Podría entonces derivarse que los libros y la escritura -sus libros y su escritura- son el principal rasgo distintivo de Mesoamérica en el Nuevo Mundo, definen su modo de ser, su nivel y tipo de conciencia. La civilización andina, en varios aspectos tan afín a la mesoamericana, merece consideración por ser el caso de una civilización, un imperio extenso y económica y políticamente complejo, desprovisto de escritura —salvo el inicio de registro que se produjo con los *quipus*, juegos de cordones con series de nudos, que en algo ayudó en la administración del imperio del Tawantinsuyu.

En cuanto a la antigüedad comprobada de la existencia de libros en Mesoamérica, Miguel León-Portilla menciona varios testimonios mayas sobre libros y escribanos (*ah tz'ibob*) que se remontan al siglo III después de Cristo: bajorrelieves en un palacio de Copán y varias representaciones en cerámica policromada. Pero nada excluye que se elaboraran libros en tiempos anteriores, desde la fase Olmeca, cuando por lo demás ya existían formas de escritura.

La escritura y el libro exigieron el desarrollo de una tecnología particular, la fabricación del soporte, papel amate o piel curtida, dispuesto no en páginas, sino en forma de biombo, además de los colorantes. Pero existían otros soportes de la escritura tales como las estelas de piedra y la cerámica. Los españoles destruyeron todos los códices mayas menos cuatro, pero no destruyeron, porque no las encontraron, las estelas y la cerámica del periodo clásico que comenzaron a descubrirse en el siglo XIX. León-Portilla destaca la importancia de estos “códices” de piedra y de cerámica, que están siendo crecientemente estudiados, junto a los códices de papel.

León-Portilla muestra que desde el comienzo se dio una intrínseca vinculación de los libros y la escritura con el poder de los diferentes reinos o señoríos que componían Mesoamérica. Códices religiosos,

calendáricos, adivinatorios, históricos o económicos, todos estaban vinculados de una u otra forma al aparato estatal teocrático y militarista. Sólo dioses y gobernantes eran representados, jamás hombres del pueblo en sus vidas cotidianas. Acaso el gran prestigio de los libros en el México antiguo, que destaca León-Portilla, se deba a su utilización exclusiva por la elite gobernante sacerdotal. Más tarde, durante el periodo colonial, los códices se volvieron centrales en la vida de los pueblos de indios, que cuando no tenían códices antiguos, los elaboraban nuevos, para cohesionar con una memoria común a la comunidad y defender su derecho a la tierra ante la voracidad española.

Entre los escasos códices sobrevivientes, varios se refieren a los dioses, el calendario de fiestas, el calendario adivinatorio, la recaudación tributaria, los linajes, las historias del origen del mundo y de los hombres y de la formación y evolución de los reinos. Pero Miguel León-Portilla cita el testimonio de autores del primer siglo después de la Conquista, que se refieren también a libros de descripción de la naturaleza, de sueños, de cantares, de consejos de los mayores a los jóvenes, de música, de danza, de arquitectura, etc. Cómo saber cómo eran, si fueron destruidos...

Aunque algunos autores antiguos señalan que aun sus cantares eran transcritos puntualmente por los indios en sus libros, cabe dudar que, por ejemplo, todo el discurso alucinante del manuscrito en náhuatl de los *Cantares mexicanos* —por cierto recientemente editado en facsímil por León-Portilla—, haya sido registrado en forma de glifos. León-Portilla deja muy claras las cosas al destacar la fundamental interdependencia de escritura y oralidad en el México antiguo y hace una comparación muy reveladora de los procesos de lectura en Occidente y en Mesoamérica. En la cultura occidental, escribe León-Portilla,

...leer un libro es seguir con la mirada las líneas de palabras escritas allí con el alfabeto. Estas palabras, en cuanto significantes, actualizan en la conciencia del que lee, ideas e imágenes previamente adquiridas y que se hallan en ella como en un repositorio conceptual e imaginativo. (...) Los distintos lectores, al derivar del bagaje de sus respectivas experiencias el contenido de cada elemento en la secuencia contextualizada del libro, estarán acercándose, cada uno de modo diferente, a la misma obra.

No sucedía lo mismo en Mesoamérica, en donde los glifos estaban acompañados por imágenes con significados complejos, los glifos mismos son imágenes, y además el sabio realizaba una lectura en voz alta que era una verdadera representación de canto, música, teatro y danza. La experiencia de la lectura era mucho más total y dejaba menos

espacio a la imaginación individual. Más bien, podría pensarse, de lo que se trataba era de uniformizar a la población, de adecuarla a los proyectos de dominación estatal. La escritura mesoamericana no rompió la naturaleza conservadora propia de la oralidad, según Walter Ong; al contrario, la fortaleció, sobre todo al establecerse el canon de los relatos históricos, el libro de libros primigenio, que según Enrique Florescano bien pudo haber sido escrito en Teotihuacan —Tollan originaria, según Florescano—, y que se extendió a los grandes señoríos, dotándolos de una ideología de la dominación de los campesinos maceguales por una elite.

Supongo que debió haber cierta fluctuación entre la improvisación chamánica, la exposición didáctica o moral, y la memorización rigurosa de las oraciones, las historias sagradas y los cantos. León-Portilla destaca que en el Calmécac, los niños futuros gobernantes y sacerdotes memorizaban palabra por palabra los discursos y los cantos.

Miguel León-Portilla describe los recientes avances en la lectura de la escritura maya y el descubrimiento de su alto grado de fonetismo, que les permitía escribir nombres, formas adjetivales, adverbios y verbos, con personas y tiempos. Sin embargo, León-Portilla no juzga necesario diferenciar en lo fundamental la experiencia de la lectura de esta “verdadera escritura”, que es la maya, con respecto a la del centro de México y Oaxaca, con muy escaso fonetismo. En uno y otro caso se produce la entreveración entre glifo e imagen y el complemento imprescindible de la oralidad y la memoria.

Cierta información se almacenaba en códices, manuscritos pictográficos, la que podía escribirse, pero otra información se almacenaba en la memoria y se actualizaba en las escuelas, los rituales, los cantos y los bailes. El esquema celular binario que James Lockhart advirtió en el mundo náhuatl, en la estructura social, las formas de pensamiento, del canto y del discurso —y que Claude Lévi-Strauss vio en el mundo americano todo—, acaso esté vinculado a la importancia de las formas orales de almacenar la información y de registrar el pensamiento. Algunos autores han reducido la capacidad significativa de los códices a mero recurso mnemotécnico. Algo hay de eso, y el mismo León-Portilla menciona el término alguna vez. Sin embargo, su libro muestra que las décadas de investigaciones realizadas sobre los códices han ido revelando formas cada vez más sutiles de transmitir la información —cierto tipo de información—, y que su lectura requiere más que un vocabulario y una gramática, la participación en una sabiduría.

Acaso, como lo señalé, me parece, Luis Reyes, el carácter no fonético de los glifos del centro de México y Oaxaca se deba a la necesidad de ser entendibles por pueblos que hablaban una gran variedad de

lenguas. Al revés, entonces, cierta unificación lingüística maya propició el avance del fonetismo. Y acaso los inicios del fonetismo en la escritura del centro de México hacia fines del periodo prehispánico fue posible por el avance del náhuatl como *lingua franca* que impulsaron los mexicas en su extenso imperio.

En todo caso, el fonetismo maya, la posibilidad de registrar el lenguaje oral, no propició al parecer el desarrollo de textos descriptivos de la naturaleza más precisos, de algún adelanto técnico, o una canción. Y el fonetismo tampoco parece haber contribuido a una mayor democratización de la escritura y la lectura. Con todo y su fonetismo, la escritura maya es tan compleja que no parece que el pueblo maya haya tenido acceso directo a su lectura, aunque se menciona que había imágenes y glifos deliberadamente dirigidos al pueblo, de propaganda política y religiosa estatal, a diferencia de la escritura esotérica de la elite. De cualquier manera, la riqueza de significados de la escritura maya va mucho más allá de su fonetismo, cuando menos al nivel del significado poético que Ernest Fenollosa y Ezra Pound encontraron en los caracteres chinos.

Miguel León-Portilla subraya la unidad del binomio de los códices y la oralidad, y muestra una situación peculiar que se produjo a partir de la Conquista. Los conquistadores y los frailes destruyeron miles de códices, pero ellos mismos aprovecharon algunos que sobrevivieron para escribir sus historias sobre las antigüedades de los indios, siempre con la ayuda de sabios capaces de “leer”, desarrollar oralmente el contenido de los códices. De esta forma, los frailes que destruyeron la expresión escrita de la cultura prehispánica rescataron su expresión oral, que no podía realmente registrar la escritura pictográfica.

Debido a esta unidad de escritura y oralidad, para la lectura o interpretación de los códices, Miguel León-Portilla considera muy oportuna la existencia de testimonios coloniales escritos en español, náhuatl u otras lenguas que registraron el complemento oral de los códices que los propios mayas, mixtecas y nahuas necesitaban. Por ello resulta interesante la posibilidad de enriquecer la interpretación de los códices con los testimonios orales indígenas que se han mantenido vivos hasta el presente en ciertas comunidades, como en el caso de las mixtecas. Pero con estos testimonios, como con cualquier otro, se impone una cuidadosa crítica de la fuente, que advierta sus sesgos, riesgos y posibilidades.

Del estudio de los códices mesoamericanos podemos obtener un placer intelectual y estético, una información histórica y antropológica, y sobre todo, si la buscamos, una sabiduría, la experiencia de una comunicación esencial con la naturaleza, el autocontrol y la disciplina

interior para pensar, almacenar las información, tratar de vivir con equilibrio, disfrutar cada fase de la vida y trabajar con rigor y modestia.

RODRIGO MARTÍNEZ BARACS

Miguel León-Portilla, *La huida de Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Filósofo, historiador, filólogo, poeta, en una palabra humanista, Miguel León-Portilla se ha dedicado al estudio de la cosmovisión mexicana a través del pormenorizado análisis de diversos testimonios. Gracias a sus innumerables investigaciones, hemos podido acercarnos, por ejemplo, a la función de la tradición oral como portadora de la memoria histórica y del pensamiento mítico de los pueblos mesoamericanos; sus trabajos filológicos nos han permitido conocer la belleza de la antigua palabra, así como diferentes documentos que nos ayudan a comprender la procedencia de nuestra conformación mestiza.

Miguel León-Portilla ha hecho hablar a quienes por siglos se había preferido no escuchar para que nos refieran su particular visión de hechos trascendentales en la historia de México; a través del riguroso examen que ha llevado a cabo de crónicas y cantares, hemos podido aproximarnos a la estructura social y a las manifestaciones culturales de los antiguos mexicanos. Interesado no sólo en la sucesión diacrónica del acontecer, León-Portilla ha impulsado, también, el renacer que hoy experimenta la literatura en lenguas indígenas; él mismo ha participado en esta importante corriente como uno más de los poetas que intentan revivir la rica y variada expresión de nuestros idiomas vernáculos.

Con *La huida de Quetzalcóatl*, Miguel León-Portilla nos muestra una faceta más de su vastísima obra; se trata de una pieza teatral constituida por un prólogo y tres actos que recrean las inquietudes existenciales de los hombres de Anáhuac. A través del legendario Quetzalcóatl, hacedor de una portentosa cultura, inventor de finos trabajos en oro y jade, y del cultivo de alimentos esenciales para su pueblo, el autor revive el drama de la transitoriedad de la vida, de la incertidumbre constante por su interrupción definitiva.

Es cierto que esta angustiosa preocupación, ha sido y será universal. Heráclito y Platón, por ejemplo, advirtieron la constante mudanza de las cosas, el fluir ininterrumpido, al cual nada ni nadie pueden sustraerse; pero esa inquietud también fue planteada por los tlamatimeh indígenas. Así leemos en el manuscrito de *Cantares Mexicanos*.